

Reflexiones Ignacianas



P. EUSEBIO KINO



8

PRESENTACIÓN

Francisco ‘López Rivera, sj

En este número presentamos una reflexión de José de Jesús Rojas sobre el carácter “místico” de la espiritualidad ignaciana, no a partir de conceptos, sino de la vida misma de los jesuitas. El autor afirma el carácter místico de la espiritualidad ignaciana.

Xavier Cacho nos ofrece una breve semblanza de Francisco Eusebio Kino, el gran misionero del Noroeste de México, en el contexto del 300 aniversario de su muerte. Cacho se enfoca sobre todo a la raíz de la audacia y generosidad de Kino, o sea, su espiritualidad, su relación personal con el Señor.

Completa este número una reseña amplia de un artículo de Piet van Breemen sobre el acompañamiento espiritual¹, publicada por la revista italiana *Testimoni*. Resulta muy oportuna la aparición del tema en esta revista, pues el Centro Ignaciano de Espiritualidad tiene como una de sus principales actividades la preparación de hombres y mujeres para ejercer el acompañamiento espiritual.

REFLEXIONES IGNACIANAS	INDICE
Revista de Espiritualidad Ignaciana Centro Ignaciano de Espiritualidad Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús	
Director: Francisco López Rivera, S.J.	PRESENTACIÓN.....1 Francisco López Rivera, sj
Consejo Editorial: Francisco López Rivera, S.J. José Luis Serra Martínez, S.J.	JESUITAS, UNOS MÍSTICOS3 José de Jesús Rojas García, sj3
Revisor José de Jesús Rojas García, S.J.	EL SECRETO ESPIRITUAL DE EUSEBIO FRANCISCO KINO, SJ.....10 Xavier Cacho Vázquez, sj
Impresión E3MEDIA www.w3media.mx www.ciemexico.mx	ENTRE DOS SE VE MEJOR.....13 ACOMPANAMIENTO ESPIRITUAL Piet Van Breemen sj13
OCTAVO Número OCTUBRE 2013	

¹ “O Acompanhamento Espiritual, Hoje” Itaici, 9 (2006) 41-52. En la versión italiana no aparece el nombre del autor. La traducción al español se debe a Roberto López Facundo, S. J.

JESUITAS, UNOS MÍSTICOS

José de Jesús Rojas García, sj

DECLARACIONES PRELIMINARES

El título que he elegido, dicho así tan en general, abarca a todos los jesuitas, y los asume como grupo. “Que ellos son místicos” –los de antes, los de hoy, y los de después, Dios mediante– suena a obviedad, a propaganda; acaso, de entrada, a un tema ocioso. Que los jesuitas –los de hoy, los de después– no son ni serán místicos, suena como un *decir* desinformado, despectivo.

¿Lo son, o no lo son?

Ciño el sentido de “místico” a estos significados:

1) “el cristiano del nuevo siglo o es un místico o no será más cristiano” (es una evocación de Karl Rahner, en conocidísimo texto suyo del siglo XX).

2) Relacionando “luz”, confianza, y mística, inspirado yo desde hace años en Juan Martín Velasco leo que “el místico parece caminar, camina, con una decisión que desafía toda duda. Pero [a] ese desafío no lo provoca una luz meridianamente clara, sino una confianza sin límites”. (“El Fenómeno Místico”. Ed. Trotta, España. 1999. Pags. 452, 453 y 488).

3) Al vocablo “mística” yo no lo uso aquí en su acepción de *perfil*, de adjetivo, o de un sustantivado, sino en algunos de estos contextos vivenciales: “obras”, muchas obras *místicas*; “constante de la vida”; don-y-conquista-y-conquista-y-don ... Modelo, con dos frases, tales sentidos: “Ignacio de Loyola, Alonso Rodríguez, Maestro Eckhart, Teresa de Ávila, fueron místicos”: yo adopto este uso del vocablo. En contraste, digo: “no tienen *ángel* esos candidatos del Partido *Fulano*; ¡les falta mística!”: no uso en este sentido la voz “mística”.

EL SER CAPACES DE CONTEMPLAR ES EN TODOS LOS JESUITAS UNA INICIACIÓN A LA MÍSTICA

Ya desde muy mozos, los jesuitas aprenden a “mirar al mundo” del modo como lo mira la Trinidad divina (Ejercicios de san Ignacio, “Contemplación de la Encarnación”). Consideran que la Trinidad ve al mundo, y que eso estalla en una voz/acción: “hagamos redención del género humano”. Los jesuitas saben ver al mundo. Así nomás: lo saben *ver*, claro, *de una manera*, que es con sus ojos (intelecto...) unidos al corazón (deseo, solidaridad), y a las manos y pies –símbolo del *actuar*. La unión ver-sentir-realizar, concibe, gesta, alumbrando y culmina acciones para el “género humano” (el mismo de la redención divina). Ver así al mundo ha llevado a los jesuitas a los hechos. Sus muchas obras en los siglos, algunas muy ilustres, nacidas de “unos místicos”, y realizadas místicamente, son tema para otro estudio. Yo nada más trataré de aquésos *videntes* contemplativos. De ellos y para ellos voy escribiendo. Vaya de uno de éstos, una fotografía escrita:

HOMILÍA EN EL DÍA DEL SAGRADO CORAZÓN, OÍDA FRENTE A NUESTRA “VILLA MARÍA”, CON LOS DOLIENTES DE “UN MUERTO MÁS” EN EL PAÍS

“Hermanas y hermanos, la carta de san Pablo a los Efesios nos dice que es incalculable la riqueza de Jesús. Es riqueza de pertenencia, de paz, de sentido, de cobertura, de justicia, de ternura. ‘Incalculable’ me sugiere comparar su dimensión con los caudales de Carlos Slim y de *Chapo* Guzmán, dos fortunas que como quiera han sido calculadas por una revista –vaya *usté* a saber si sí o si no tienen esos dólares, pero lo cierto es que no son tantos, pues su número resultó calculable. Escuchamos en el Evangelio que san Juan apóstol es un testigo para nosotros de Jesucristo, riqueza no calculable. Lo oímos testimoniar que a Jesús, ya muerto pero todavía crucificado, ‘no le quebraron las piernas, sino que un soldado le atravesó el costado con la lanza, e inmediatamente salió sangre y agua.’ Juan el testigo dice: les doy mi declaración, verídica, para que ustedes crean (y ‘creyendo, en su nombre tengan vida [abundante: <incalculable>, venimos diciendo también]’). Preguntemos a san Juan cuáles hechos miró, y atestigua. Y démosles categoría especial, tal vez de *misterios*, pues si fueron solamente hechos cotidianos ¿cómo podrían traernos a nosotros la anunciada vida de dimensiones descomunales, dado que vivimos demasiado lejos de tal rico centro vivificante?

En lo escrito por Juan advertimos a las costumbres y a las leyes religiosas de aquellos judíos siendo usadas e impuestas contra Jesús, hasta matarlo. Es la institución (en sentido amplio) y sus leyes, *versus* un hombre (¡uno...!). En ese trance aparecen favores y alianzas, chantajes y amenazas, *cargadas*, medias verdades, y otras corrupciones y torcimientos de pasiones. Aquí recuerdo algo que recién supe: el director general de una Empresa fuerte en Guadalajara esperó –e hizo lo necesario para que también esperaran, tanto la Emprsa, como las dependencias gubernamentales involucradas– hasta el día en que un empleado suyo (¡uno...!), ya en tiempo legal de pensionarse, tuviera paz y claridad para querer dejar su planta de trabajo. Y hasta que el empleado tuvo claridad y paz terminó él su compromiso la boral. ¡Admirable! ¡Es posible que uno ‘tenga la razón’, *versus* instituciones y sus leyes...!

Y ahora, volviendo a ti, Juan evangelista, ¡nos testimonias la brutal injusticia, hecha aplasta miento mortífero, increíble/misterioso, de Jesús! Estos hechos, aun siendo testimonio tuyo, no nos animan a ‘creer en Dios’, para que en su nombre tengamos vida incalculable.

También narra el evangelista que los soldados les quebraron las piernas a los dos crucificados con Jesús, para acelerarles la muerte, y así poder bajarlos de la cruz antes de acabarse el día. Después de eso, ambos se nos convierten en *desaparecidos*. Nadie jamás volvimos a tener noticia de ellos.

Juan, respetado testigo fidedigno, este feo misterio que narras, lacónico, macabro, con desapariciones, tampoco nos hace sentir invitados a ‘creer, para tener vida en su nombre’.

Juan, el fiel *vidente* y compañero, atestigua asimismo que Jesús extendió los brazos en la cruz, que cumplió toda su misión en la historia; que su madre lo acompañó al morir. Escanció amor en el árbol de la cruz. Para los creyentes en su Padre Dios y su Espíritu, Jesús dio ante Juan, y ahora ante nosotros, el testimonio de amar hasta la muerte. El misterio –éste sí es misterio de a de veras– de que Dios es puro amor, siempre amor, en todo amor.

Hay quienes se quedan en grandes misterios como son tanta tanta corrupción e injusticia, las desapariciones (y los *aparecidos*...), la tortura, etc. Otros hay que llegan al verdadero misterio: que Dios es siempre y en todo amor. Desde ése, los otros *misterios* se acomodan. Lo que nos dice la fiesta del Sagrado Corazón es: ‘ama, pues, como Dios ama’.

Termino citando a Charles de Foucauld: ‘Tan pronto como creí que había un Dios, comprendí que no podía hacer otra cosa sino vivir para Él.’ El Divino Corazón nos conceda elegir y vivir en nuestra vida cotidiana el misterio, el verdadero: amar por todo y en todo.”

UNA INFERENCIA EN ESTA FOTO ESCRITA

El jesuita homileta hubo de forjar su comprensión personal del mundo, misma que entregó adaptada a sus escuchas (“los dolientes de UN ‘MUERTO MÁS’ EN EL PAÍS”). Hizo eso sirviéndose, básicamente, de conocer la contemplación ignaciana de los Ejercicios espirituales. Breve *noticia* de ésta: es entrar en una escena de la vida de Jesús, con la intención expresa de conocerlo y seguirlo a Él; desde ahí, “reflexionar para sacar provecho” de haber, sucesivamente, visto las personas, oído sus palabras, y considerado sus acciones. Se termina conversando *en corto* con Jesús y/o I@s suy@s. Renglones arriba escribí lo que reafirmo aquí: “Los jesuitas saben ver al mundo. (...) *de una manera*, que es con sus ojos (intelecto...) unidos al corazón (deseo, solidaridad), y a las manos y pies –símbolo del *actuar*”. Ésa es una parte de su vocación/capacidad de ser iniciados en la mística, posible y accesible a todos ellos. (Entre paréntesis –justamente–: estas líneas se reconocen cercanas a aquella publicación, llamada MIRADA, que fue vista por muchos, hace poquitos años...).

LINK AUDIOVISUALES QUE FIRMAN “LO DICHO CON ALGUNOS EJEMPLOS”

He unido místico, mirada sobre el mundo, y jesuitas. Invito ahora a quienes me leen a escuchar a uno que vio al mundo de un modo algo parecido al de los jesuitas (con una hondura, una bondad y una compasión semejantes). Hablo de Josef Anton Bruckner, muy católico. Nació en Ansfelden (situado 15 kilómetros al sur de Linz, en Austria) el año 1824. Murió en Viena (1896). La bóveda central del templecito en Ansfelden (que está pared con pared de la casa de Bruckner) muestra esculpido el monograma IHS. Aquí les animo a considerar unos videos de YouTube, cuyos nombres escribo en letra cursiva, y más grande:

Bruckner - Symphony No. 9, 3rd Mov. 1/2, Karajan (1978)

Bruckner Symphony No.9 - Mov.3(1) Myung-Whun Chung

(Al inicio de este movimiento percibo una amplitud inmensa de visión. Las frases musicales me parecen tan prolongadas o infinitas como la misericordia; y la densidad de los sonidos me evoca el tejido irrompible e incorruptible de las relaciones trinitarias).

Anton Bruckner Sinfonia Nr. 4 3ºmov. Staatskapelle Berlin dir.Daniel Barenboim

Jochum - Bruckner symphony no.4 "Romantic" (III) - Scherzo. Bewegt

(La alegría de los metales penetra solidaria en los Altos Alpes, según se anda de Ansfelden a la Abadía de san Florian [ahí Bruckner fue organista]. A esas campiñas no les piden nada las tapalpenses, que caminamos en Ejercicios, yendo de Las Piedrotas a la Torre del Vigía, o a Chiquilistlán. Los humanos son más felices cuando hallan en tod@s y en todo a Dios).

Eugen Jochum, 1964 (Live) Bruckner, Symphony No. 5 in B flat major

(A esta música la han bautizado “catedral de fe”. Al oírlo en ella veo a Bruckner admirando laboriosamente –como los SJ a santo Ignacio y a sus compañeros–, a los compositores musicales que lo precedieron. Bruckner hizo aquí un diseño contrapuntístico que yo no sé explicar, pero se oye –haga usted la prueba– como un “eterno Señor de todas las cosas”).

LOS JESUITAS, UNOS MÍSTICOS A LOS QUE VENIMOS OBSERVANDO, SABEN “EL PECADO DEL MUNDO”

Algo, seguramente, habrá(n) experimentado como jesuita(s) en la cultura actual, que se va alejando bastante de la palabra “pecado” –al cual se le relaciona muchísimo con “culpa”–, cuando escribe(n) esto: “Ya en la **primera semana**, [de los Ejercicios espirituales] (...) Ignacio nos invita a encontrarnos con nuestra Señora. Esta invitación a pedir a nuestra Señora una mejor comprensión del pecado siempre me ha asombrado. ¿Qué sabe nuestra Señora del pecado? ¿Puedo yo tener un coloquio con nuestra Señora sobre el pecado? La respuesta no carece de importancia. Creyendo, con la Iglesia, que nuestra Señora está libre de todo pecado, corremos el riesgo de confinarla a una existencia celestial, lejana de la cotidianeidad pecadora del hombre y de la mujer común. Aquí nos olvidamos que la ausencia de pecado no nos hace menos humanos, sino, por el contrario, nos hace más humanos. Sin duda, el pecado pertenece de hecho a nuestra existencia humana. Si no nos atrevemos a tomar en serio el pecado nos estamos situando fuera de la realidad humana, fuera de la obra de salvación. Es ésta la razón por la cual Ignacio toma el pecado como punto de partida. De ninguna manera se trata de un espíritu morboso o pesimista; sino de un afán de realismo sin el cual toda ‘misión’ se sitúa en la esfera de lo irreal. (...) La presencia de nuestra Señora en el corazón de la historia de pecado que Ignacio describe significa justamente que el hombre, para ser plenamente humano, no debe ser pecador. La lucha contra el pecado que inspira nuestra Señora no se dirige contra lo humano sino contra lo inhumano, que todavía hoy día está presente en nuestra sociedad: inhumanidad que deberíamos tener la valentía de llamar pecado y contra la cual las Comunidades (...) están llamadas a batallar, pues la vida cristiana lucha contra la muerte que desencadena el pecado... Y es precisamente nuestra Señora, quien, en el primer siglo en Palestina, ha seguido la ruta de todos los hombres y mujeres de esta tierra, la ruta de la aflicción y de la alegría en un ambiente de pecado –los pecados de su pueblo–, la que manifiesta todavía hoy que la gracia, la plenitud de gracia, no aleja de nuestra existencia, sino que denuncia lo inhumano que hay en ella y en nuestra sociedad y que puede, gracias a la misión de gracia que el Señor confía a nuestras manos, llegar a ser una sociedad más humana, más justa y más pacífica.” (Peter-Hans Kolvenbach SJ. Manresa, vol.58, 229 pag.293, CENTRO LOYOLA. Madrid).

UNA INFERENCIA DE LO ESCRITO

Leyendo a este sacerdote de la Compañía de Jesús vuelvo a afirmar que ellos saben mirar al mundo. Aquí, el jesuita no se limitó a enumerar hechos; vio misión de Dios, y verdad del hombre. “Inhumanidad” –denuncia– debería ser llamada “pecado”. No es semántica simple, sino proporcionada y problematizada compasión por el mundo inhumano de humanos. Y la

eclesialmente reconocida “plenitud de gracia de nuestra Señora” pasa de ser un título, a una descripción - promesa para humanos: “sociedad más humana, más justa y más pacífica.”

EL MISTICISMO JESUÍTICO tiene poquísimos de gafe de identidad, sea congregacional, sea individual. Quiero decir, los jesuitas no se autodefinen “místicos”; pero militan en el camino del profetismo bíblico-elesio-bautismal. No hay en el antiguo ni en el nuevo Israel profetas ni profetisas auténticos que no son místicos. Son místicos, por atención a su vocación y misión profética; aunque sí, algunos son profetas, por atención a ser místicos. Los jesuitas, cuando al final del Noviciado prometen “con voto pobreza castidad y obediencia perpetuas en la Compañía de Jesús”, le confiesan a Jesús “confiado en ti Señor”. Sí, porque el don y tarea de colaborar en la “redempción del género humano” es al precio de la propia vida, y va a contracorriente de lo que de inercia deshumanizadora encuentran ellos en la realidad. “Confiado en ti Señor”, condición de posibilidad de esos votos, es como lo que leímos arriba en Juan Martín Velasco “el místico parece caminar, camina, con una decisión que desafía toda duda. Pero [a] ese desafío no lo provoca una luz meridianamente clara, sino una confianza sin límites”. Mirar al mundo como ha quedado dicho; servirlo; tener que enfrascarse con el pecado –dentro y fuera de uno mismo–, hacer presente la gracia, puerta asimismo del realismo eficiente ... no lo hace –ni a la larga lo sostiene– el que no camina con aquella “confianza sin límites”. Así los jesuitas, unos místicos. Sólo que ellos no van por el mundo diciendo “he aquí a los místicos”; van por el mundo, con su misticismo, afín también al ya citado y tampoco pregonado de Charles de Foucauld: “Tan pronto como creí que había un Dios, comprendí que no podía hacer otra cosa sino vivir para Él.”

(“Hasta en tanto que una vez se le abrieron un poco los ojos –a Íñigo–, y empezó a maravillarse ...”)

“CAYENDO EN LA CUENTA”: SAN JUAN DE LA CRUZ, MÍSTICO DECLARADO

Casi al inicio escribí “La unión ver-sentir-realizar, concibe, gesta, alumbrada y culmina acciones para el ‘género humano’ (...). Ver así al mundo ha llevado a los jesuitas a los hechos.” Estoy convencido: el ser místico del que hablo incluye, o parte de, un “ver”, y contiene al actuar (más o menos notorio, y siempre solidario y productivo).

Para terminar consideraré esto mismo al trasluz de san Juan de la Cruz (un “místico declarado”). Así, los jesuitas aparecerán –Dios quiera– mejor perfilados como “unos místicos”. Hago, anoto y acoto auto cita de “Soneto de Octubre”. Buena Prensa, México, 2001, pags. 37 a 39. Juan de Yépez nació castellano español, el año 1542, en Fontiveros. Siendo ya sacerdote del Carmelo, participó en la reforma del Carmen Descalzo; entonces adoptó el nombre de Juan de la Cruz. Escribió algunos poemas del amor de Dios, de calidad poética excelsa también; los declaró cabalmente en cuidada y pastoral prosa teológica. Algunos títulos más conocidos de sus obras: El Cántico Espiritual; La Noche Oscura.

Ya en varios prólogos él nos avisa que escribió “con algún fervor de amor de Dios”; y también: “(...) aunque, habiendo entrado el fuego en el madero, le tenga transformado en sí y está ya unido con él, todavía, afervorándose más el fuego y dando más tiempo en él, se pone mucho más candente e inflamado, hasta centellear fuego de sí y llamear.

Y en este encendido grado se ha de entender que habla el alma aquí, ya tan transformada y calificada interiormente en fuego de amor, que no sólo está unida en este fuego, sino que hace ya viva llama en ella.” (*Llama*, Prol. 3 y 4). Me pregunto si podremos coincidir en algún

punto esos excelsos escritos, y yo, jesuita. Pudiera ser que me respondiera el mismo Juan de la Cruz, cuando escribe: “cayendo (...) en la cuenta de lo que [es menester] hacer, viendo que la vida es breve, la senda de la vida eterna estrecha, que el justo apenas se salva, que las cosas del mundo son vanas y engañosas, que todo se acaba y falta como el agua que corre, el tiempo incierto, la cuenta estrecha, la perdición muy fácil, la salvación muy dificultosa; conociendo, por otra parte, la gran deuda que a Dios debe en haberle criado solamente para sí, por lo cual le debe el servicio de toda su vida, y en haberla redimido solamente por si mismo, por lo cual, le debe todo el resto y responsabilidad del amor de su voluntad y otros mil beneficios en que se conoce obligada a Dios desde antes que naciese; y que gran parte de su vida se ha ido en el aire (...)”. (Cántico B, Anotación).

Así entramos con San Juan de la Cruz: “cayendo en la cuenta”, según nos lo ha escrito él en “la declaración de las canciones de amor entre la esposa y el esposo Cristo”. Él usa el lenguaje conyugal para la relación de amor entre Dios (Cristo) y la persona (humanidad). Este amor no tiene, en la Iglesia ni en la historia, ni en la Compañía de Jesús, principalmente forma y expresión nupciales; pero son nupciales su celo su intimidad su decisión su inteligencia y su arrebató, su sabiduría, su eternidad y deleites, su servicio.

Me llama la atención que en su “Cántico espiritual” Juan no se ciñe a etapas (por ejemplo, “de los iniciados” y “de los consumados”, para decirlo con *extremos*) en las cuales anden las personas. Distinguir los niveles, las capacidades, es muy sabio pedagógicamente... pero tiene su algo de pre-juicio y de pre-encerramiento. Fray Juan, en un mismo poema de cuarenta estrofas (el ya citado, del cual la anotación inicia “cayendo en la cuenta”), abarca desde “los principiantes” hasta “las últimas canciones (que) tratan del estado beatífico”... Pero no sé si con entera confianza, o en ausencia de todo pre-juicio o pre-encerramiento ¡lo da a leer entero a quienes lo quieran leer! (y eso que había dicho también [con la] “teología escolástica [...] se entienden las verdades divinas; [...] con la mística, que se sabe por amor, [...] no solamente se saben [aquellas verdades], mas juntamente se gustan”. [Cántico B, prólogo, num. 3]).

A mi entender, el Santo doctor da por supuesto que unirse totalmente con Dios Trino hasta ser todas las gentes “dioses por participación” (Subida del Monte Carmelo Libro 2º, cap. 5, número 7) es la vocación humana. Esta vocación es don libre e irrevocable de Dios mismo y por eso ya está en todos y cada humano, así sea como en semilla de unión, así sea en árbol espléndido de inagotable comunión. Esto mismo dice el autor místico (prescindiendo de la figura del árbol y de la semilla) en el Libro 2º de la Subida, cap. 5, número 3. Y por eso él no escribió: “viendo la persona cómo hace para tener una experiencia de Dios...”; ni dice tampoco: “a tantas vueltas, finalmente llegado el punto de una unión o acuerdo entre Dios y su criatura” etc. Juan de la Cruz, me parece, parte de una decisión divina: Él decidió unirse consigo en comunión; y ya estando, viviendo, en tal vocación unitiva, lo que pasa con “el alma” con las personas, es que caemos “en la cuenta”. Toma de conciencia, al interior de una vocación que ya está en actos (de Creación, de Redención). Es esta unión misma (inicio, y término) la que despierta el proceso de innumerables *caídas en la cuenta* y esto sí que es discernimiento: todas las actualizaciones conscientes, libres, de un hecho irrevocable (“Dios-con-nosotros”). No un Dios leído como idea o como invisible, sino aquel Dios encarnado en Jesucristo que une en una misma comunión “el amor del hermano a quien vemos” con “el amor a Dios a quien no vemos”.

“CAYENDO EN LA CUENTA...” (SAN JUAN DE LA CRUZ);

“(…) SENTIR Y COGNOSKER LAS VARIAS MOCIONES QUE EN LA ÁNIMA SE CAUSAN: ...” (EE NUM. 313). En estas dos frases cargo de significado mi afirmación original, “jesuitas, unos místicos”; aquí hallo la IDENTIDAD (“innumerables caídas en la cuenta y esto sí que es discernimiento”); y acá encuentro la DIFERENCIA:

“Los dos exegetas [Fessard y Cusson, S.J.] que nos han guiado interpretando los Ejercicios espirituales, son en su modo intérpretes del realismo espiritual, siempre característico de la espiritualidad de la Compañía de Jesús. De ésta se puede decir, sin riesgo de error, que ha favorecido siempre la circularidad de la vida espiritual; de ahí su desconfianza (más visceral o menos, según épocas y lugares), atenta a `aventureros` quienes quisiesen violar tal circularidad. Si suponemos esta espiritualidad, especie de *Principio y fundamento* según el cual en nuestra historia humana –demasiado humana– coexisten retroceso y progreso, debilidad y fortaleza, carnal y espiritual, buen y mal ángel..., Juan de la Cruz, el puro, se arranca de ella. Sale del aro de la circularidad de los Ejercicios –en algunos de cuyos conceptos, sin duda, fue encauzado, estudiante en Medina [del Campo]– y se sustrae a la simultaneidad de las etapas para vivir lo que él mismo llama `dichosa ventura`. Nada testimonia mejor su itinerario interior que el poema *Noche Oscura*: la amada, en el secreto nocturno, abandona, clandestina, la casa aquietada para unirse con el Amado, quien la espera en las murallas de la ciudad. (...) En el momento en que Juan de la Cruz se sustrae del aro de la circularidad, se constituye maestro para quienes viven en el interior del círculo. En este espacio sin medida, sin centro, donde Juan está, en este espacio de `música callada` y `soledad sonora`, Juan es irrefutable maestro de `odología` [caminada] espiritual. Situado afuera del círculo, es contestatario de todo cerco aprisionante, estorbo para que el hombre `salga` a la auténtica libertad de espíritu; todo cerco, de las pasiones y de la razón, de prejuicios y de autoengaños, inclusive del realismo espiritual si aparta de la `dichosa ventura`.

En esta perspectiva, Juan de la Cruz como Soeren Kierkegaard (...), según dijo alguien, `nos hace pre-sentir la más alta exigencia; nos suscita la atención más extrema`.” (René Champagne, SJ, “Jean de la Croix et les Jésuites”, *Cahiers de spiritualité ignatienne XI – 43. 1987. Pag. 173 y 174*).

A mí, la diferencia y la identidad de ambos místicos, contemplados uno cabe el otro, me tienen, confirmado, en “los jesuitas unos místicos”.

“(…) tal como Bergson señalaba, algo dentro de nosotros resuena cuando el místico habla.”²

² Cita de Carlos Domínguez SJ en “Experiencia mística y psicoanálisis”.

EL SECRETO ESPIRITUAL DE EUSEBIO FRANCISCO KINO, SJ

Xavier Cacho Vázquez, sj

Hace 2 años, en la primavera de 2011, el pequeño pueblo de Imuris, en el norte de Sonora, se celebró el tercer centenario de la muerte del Jesuita Kino. Llamaba la atención el interés de la gente, sus participaciones literarias llenas de entusiasmo: todos sabían del legendario misionero, cuya muerte parecía haber ocurrido recientemente. También estuvieron presentes historiadores profesionales, el embajador de Austria y unos cuarenta ciudadanos de Trento (Italia), apellidados Kino. Los recursos organizativos se veían superados ampliamente por la respuesta de los participantes al evento. El vecino poblado de Magdalena, lugar del fallecimiento de Kino, donde hace 40 años fueron localizados sus restos, participó con el mismo gusto en la conmemoración. No podemos omitir la presencia de las autoridades civiles y eclesiásticas, las mantas espectaculares con el retrato de quienes todos sabían se trataba del padre de la región. Surgía poderosa la pregunta: ¿Quién fue el que murió hace tres siglos que así es recordado?

UN SOMERO ACERCAMIENTO HISTÓRICO NOS AYUDARÁ A RESPONDER.

1.- El horizonte sociocultural donde se formó Eusebio Kino fue el devastado Imperio Germánico por la *guerra de treinta años*, durante la primera mitad del XVII. Eusebio se crió en el sur del imperio, donde se hizo fuerte el catolicismo en contra del protestantismo del norte, donde el electorado de Baviera, junto con Austria, mantuvo la ortodoxia católica encabezada por los colegios, universidades y misioneros populares de la Compañía de Jesús. Tiempos de fijación de convicciones religiosas, de vigencia de la norma *cuius regio eius et religio*. El joven Eusebio ingresa a la Compañía, se distingue en los estudios y en las virtudes; enferma de gravedad, invoca el auxilio del apóstol Francisco Xavier y promete ir a las misiones. Agraciado con el don de la salud, intensifica su preparación con el fin de sumarse a los jesuitas del lejano oriente. Las cartas de estos llegaban de tanto en tanto a Europa, comentando su presencia en la Corte Imperial china donde servían al Emperador como astrónomos, geógrafos y hábiles constructores de instrumental científico, trabajo que hacía posible la licencia del Emperador a quienes evangelizaban al pueblo con el sistema de inculturar la fe, inaugurado por Mateo Ricci a fines del XVI. Eusebio agregó a su nombre el de Francisco, haciendo del santo misionero un ícono para su vida.

2.- Obtenido el permiso del P. General para ir a las misiones, Eusebio sortea su destino con un compañero igualmente aprobado. Pierde la opción del lejano oriente por la de ir a Nueva España. Permanece largos meses en Andalucía, esperando la salida de la flota de Indias, tiempo que emplea en hacerse de instrumentos de medición científica, conoce a la Duquesa de Aveiro, quien le favorecerá en sus proyectos. Embarca y sufre naufragio frente a la costa, pierde instrumentos y pertenencias. Desnudo de seguridades llegará a Nueva España enriquecido con sus conocimientos científicos y un corazón decidido al servicio incondicional de los gentiles.

Apenas llegado, participa en un debate astronómico. Son los años de Sigüenza y Sor Juana. El Virrey lo agrega a la expedición que intentará una vez más apoderarse de la California y su perlería, al mando del Almirante Atondo. La expedición acampa en la costa del Mar de Cortés, busca afanosamente bastimentos sin conseguirlo por la angustiante falta de agua. En esos días de carencia, Eusebio hace su Profesión Solemne como jesuita y toma la decisión de mantenerse en la California con quienes quieran acompañarle. Atondo, por su parte, decide levantar el campo y regresar. No permite a Kino quedarse. La voluntad de éste, sin embargo, ya permanecerá firme en volver y evangelizar a los desaculturados guaycuras y pericúes.

3.- El encuentro en México con José María Salvatierra, visitador de las misiones jesuíticas de Tarahumara y Sonora, constituye uno de los mayores momentos en la historia de la conquista espiritual del norte de la Nueva España. Ambos centroeuropeos, coetáneos, llenos de celo por la salvación de los desaculturados pobladores de aridoamérica. Salvatierra, devoto ardiente de la Virgen de Loreto, Kino, imitador de Francisco Xavier; los dos valerosos sin arredrarse ante dificultades, ya sean con humanos, ya sean de orden material. Kino entusiasma a Salvatierra con la empresa californiana, acuden a pedir licencia con el Provincial que responde no ser suya la dificultad sino del Virrey, a quien el Consejo de Indias ha prohibido erogarle un maravedí más en la imposible California. Van con el Virrey y logran el permiso, condicionado a no recibir ayuda económica alguna. Conservamos la cédula en que consta la fuerza persuasiva de los misioneros que logran la licencia sin subsidio, se comprometen a ir a la Conquista a nombre del Rey y obtienen la autoridad sobre la guardia militar que los acompañará, asunto importante ante las amargas experiencias misionales a cargo de los escándalos de militares reales que siempre tenían las facultades para juzgar y castigar a los transgresores indígenas.

Salvatierra, más conocido en la capital, consigue dinero y fleta una balandra que desde Acapulco llevará al golfo de California utensilios a la nueva misión. Queda de reunirse con Kino en la ya establecida reducción de los yaquis. La rebelión de los Pimas obliga a Kino a quedarse, pues el Gobernador español le pide pacificar a los indómitos Pimas quienes sólo escuchan a él. La épica entrada de Salvatierra a la fundación de Loreto, centro misional y político de la California no es tema del presente relato. Estos últimos años del XVII avanzarán los asentamientos o reducciones en California y en el norte sonoreño.

4.- Parece increíble la enumeración de fundaciones y atención a las más de veinte comunidades logradas por Kino en el amplio semidesierto de la Pimería colindante con varias etnias y los temibles Apaches. Había que reducir y aculturar, sacar del nomadismo tradicional y enseñar el abecé de la civilización, en base a sedentarismo agrícola, domesticación de ganado, construcción de viviendas, aprendizajes de cocina, confección de vestidos, albañilería,... Había que instruir sobre valores humanos para convivir y virtudes para ejercitarse y mantener lo aprendido. Había, en fin, que predicar la fe, bautizar, celebrar los sacramentos y hacer participantes a los nuevos cristianos en la catequesis y proclamación del Evangelio.

Kino será durante un cuarto de siglo el jinete itinerante por las estepas yermas en compañía de sus discípulos pimas y el alférez español Mateo Manje, que le aprenderá buenos conocimientos y buenas actitudes cristianas. Conservamos la bitácora de Manje sobre las "entradas" de Kino, los protocolos que mantenía en sus visitas pastorales, a partir de la Misión de Dolores, cabecera de todas las fundaciones. Kino escribió poquísimo, construyó muchísimo; descansó poco y se afanó incansablemente para lograr la evangelización civilizadora de la pimería. Entre sus hazañas: arriar ganado mayor desde el centro novohispano hasta el norte de Sonora, expediciones con su amigo Salvatierra hasta el río Colorado y verificar la peninsularidad de la California, recorrer miles de leguas para atender sus fundaciones, defender a los indios pacificados y reducidos de enemigos depredadores, avituallar sus capillas y elementales hosterías, a veces devastadas por los apaches. Raramente contó con colaboradores jesuitas, sin perder nunca el ánimo por las incomprendiones que le tildaban de iluso y exagerado en sus pretensiones misioneras.

5.- Caminando siempre al norte, bordeando el desierto de Altar situado al oeste y la sierra al oriente, fundó la misión de San Javier del Bac (en la actual Arizona), donde recibió la invitación para inaugurar la capilla de Sta. María Magdalena, en el sur. Con una pequeña escolta de indios pimas emprendió el largo viaje, buscando los aguajes donde bebieran las cabalgaduras, soportando heroicamente las molestias y dolores de una avanzada artritis, (detectada en el estudio de su osamenta exhumada), que él se curaba con prolongados ayunos. Llegó exhausto. Al día siguiente, celebrando la Eucaristía, se derrumbó y murió. Era el año 1711. Fue enterrado al pie del altar, a la altura del segundo sillar, como lo describe la carta del P. Campos, a la que debemos el dato que guió a los investigadores mexicano-americanos que cavaron en Magdalena hasta encontrar sus restos, inconfundibles en su identidad alpina.

6.- Este breve acercamiento histórico nos facilita ver y ponderar sus virtudes heroicas sin necesidad de elaborar un panegírico. Sólo la unión íntima con Jesucristo, el encuentro personal con Él, nos pueden explicar la fortaleza y perseverancia hasta la muerte del Kino apóstol, fiel imitador de Francisco Xavier o de Pablo de Tarso. Kino ha sido admirado y loado hasta el presente, nada ha podido borrar su memoria. Monumentos ecuestres en México, Estados Unidos e Italia, publicación de sus mapas, biografías y referencias a sus increíbles hazañas nos lo hacen presente. En Magdalena de Kino un mausoleo conserva sus restos donde es visitado sin cesar.

Para los jesuitas de hoy, Kino demuestra el ideal ignaciano de ser un contemplativo en la acción, del buscar y hallar a Dios en todas las cosas del ser para los demás.

ENTRE DOS SE VE MEJOR

ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL

Piet Van Breemen sj

Conocer la voluntad de Dios en la propia vida no es siempre fácil. La clave es siempre la conciencia, pero continuamente es necesaria la ayuda de un hermano o hermana que nos acompañe para ver con mayor claridad.

Un tiempo se llamaba “dirección espiritual”. Hoy se prefiere hablar de “acompañamiento espiritual”. Hablando de este tema, Piet Van Breemen, sj en un artículo publicado en la revista de espiritualidad ignaciana *Itaici*, escribe que se da el acompañamiento espiritual cuando una persona ayuda a otra a crecer en la fe y a ser ella misma en el cumplir la voluntad de Dios. Se trata de una ayuda que uno debe aceptar libremente y destinada a durar en el tiempo. Por eso es importante que no sea el acompañante espiritual quien tome las decisiones, recordando la vieja figura del “director”, sino que deje a la persona que acompaña libre para decidir por sí misma. El objetivo de todos modos es siempre aquel de guiar a la persona hacia Dios, punto imprescindible de toda referencia.

Es necesario precisar desde el inicio que no es un servicio exclusivo del sacerdote. En el siglo pasado tuvimos laicos, hombres y mujeres que fueron extraordinarios acompañantes espirituales, y esta tendencia va consolidándose hoy. En particular son cada vez más numerosas las mujeres que asumen este ministerio.

ENCUENTRO DE LA VOLUNTAD DE DIOS

Para reconocer la voluntad de Dios tenemos las indicaciones bien precisas en la Biblia y en el Magisterio de la Iglesia. Pero como afirma San Ignacio, a menudo esta voluntad no es tan fácil de encontrar. La llave de acceso sin embargo la tiene cada uno en lo más íntimo y se llama “conciencia”. Pero tratándose de algo tan íntimo y personal, requiere de la ayuda de otro, es decir, de la presencia “mayéutica” (capaz de descifrar) comprensiva y amorosa de un hermano o hermana.

Quien busca un acompañante espiritual, escribe Van Breemen, espera “un encuentro de calidad con un tú”. Se desarrolla así una relación en la cual ambos sintonizan profundamente. La capacidad de establecer esta relación es indispensable porque si uno tiene la dificultad de entrar en una relación profunda con el otro, encontrará grande dificultad en el acompañamiento. La apertura a otro del propio mundo interior no es fácil; por ello la tentación de la fuga.

No basta tener facilidad de palabra. Tales personas, observa el padre, tienen la ventaja de saber expresarse bien, pero fácilmente caen en la tentación de esconderse detrás de muchas palabras.

Más importante que la facilidad de palabra es la capacidad de observar los movimientos interiores, sin preconceptos ni juicios. Los Padres del desierto eran finos observadores y tenían práctica en tomar consciencia no sólo de sus *logismoi* (literalmente, pensamientos), sino también de los sentimientos, inclinaciones, aspiraciones, fantasías y sueños. En sí mismos, estos *logismoi* no eran pecados, sino en última instancia, tentaciones que podían conducir a pecado.

Manifestar a alguno los propios *logismoi*, a veces reprimidos por mucho tiempo, es una tarea difícil, pero también liberadora. No estamos de hecho solos para mirarlos. Contemplados junto con un acompañante y acogidos afectuosamente, pierden parte de su fuerza insidiosa. Eso exige de parte del acompañante espiritual, escribe el padre, que sea sereno y confiado en esta relación humana. Debe ofrecer una atmósfera de acogida, pero sin atar al acompañado a sí, y sin renunciar a la franqueza. Todo su acompañamiento debe irradiar una fe discreta y auténtica, unida a un saber humano, fruto de la experiencia y del estudio. Quizá en ningún otro campo, como éste del acompañamiento espiritual, hay una interrelación tan estrecha entre naturaleza y gracia.

El acompañante debe poner el máximo esfuerzo a su alcance para abrirse a Dios con toda su vida y de configurarse a él, de modo que lo busque, como dice el Evangelio, con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente (cf. Mt 22, 37). Requiere de un conocimiento sólido de la teología, psicología, espiritualidad y pastoral, en la teoría como en la práctica. Pero no como sectores separados, sino bien integrados en su propia persona. De este modo, tanto la experiencia bíblica de la salvación, como la propia competencia personal cooperan para garantizar que el encuentro sea profundo.

DIOS ES SIEMPRE MÁS GRANDE

En el centro de este encuentro está la búsqueda de Dios y de su voluntad. Pero no es un Dios “altísimo” o “lejano”, más aún de un Dios que está en el corazón de nuestra existencia. Es un Dios que sigue seduciendo también hoy no menos que en otros tiempos. Descubrirlo en medio de nosotros puede resultar en una fuente de nueva vida y fecundidad; pero también puede conducir al desconcierto y a la angustia. Es aquí donde se revelará muy importante el “encuentro con un tú”, con el acompañante espiritual, para encontrar el camino justo.

En este camino Dios se manifestará “siempre el más grande”, cuán grande lo imaginemos, él aparecerá siempre más grande. Por eso el ser humano es siempre peregrino, es siempre una persona en camino. Se trata de un camino singular e imprevisible para cada uno. Por tanto, si aplicáramos solo las normas objetivas y actuáramos a la luz de la simple razón humana, podríamos equivocarnos.

La primera tarea del acompañante espiritual, observa Van Breemen, es escuchar para aprehender la voz de lo profundo. Escuchar quiere decir “descentralizar”, cambiar el centro de gravedad, habitar en el otro con todo el propio ser. No se trata de aplicar la propia experiencia, sino de ponerse en los zapatos del otro. Si, por ejemplo, un acompañante dijera: «Esto me sucede también a mí algunas veces», habría el riesgo de no percibir la inconfundible singularidad de la experiencia del otro, y de poner la propia experiencia en el centro, y con ella, a sí mismo. Al contrario, al acompañante se le pide una atención desinteresada a las palabras que el acompañado dice, y a aquellas que deja ver entre líneas.

Eso supone silencio interior, un silencio no de quien espera con impaciencia poder responder y juzgar moralmente al otro. Cosa que supone capacidad de empatía que ayude al otro a

clarificar la experiencia que ve de manera confusa e indeseada. El ideal es que el acompañante espiritual, quizá a través de preguntas apropiadas, despeje el camino del acompañado hacia su fuente interior ayudándolo en la aceptación e interpretación de la experiencia, e disponerlo, posiblemente a tomar una decisión.

Él debe tener la inteligencia y la prudencia necesaria para ir a lo esencial, sin dejarse engañar. Santa Teresa, a partir de su experiencia personal, decía que prefería un confesor inteligente, aunque si no muy pío, a uno muy pío pero poco inteligente.

Lo esencial de la charla consiste en un sincero respeto de la persona acompañada y en una acogida incondicional. Se toca aquí el campo del amor. El respeto es el corazón del amor y la acogida es su forma. El acompañante deba transmitir algo del amor de Dios. De parte del acompañado no se necesita tener requisitos especiales para ser digno de esto. Ninguna falta, debilidad o pecado lo debe privar de la plena benevolencia. Si no es acogido totalmente, aún en el peor aspecto de sí, se queda bloqueado.

Carl Gustav Jung ha hablado con términos exigentes de la *empatía* necesaria para el acompañamiento, sea médico o pastoralista: «La *empatía* nace sólo a través de una objetividad sin preconceptos... se trata de algo humano, algo como un respeto a la situación, al hombre que sufre, al enigma de la vida humana. El verdadero hombre religioso se comporta según esta regla. Sabe que Dios ha creado toda clase de cosas maravillosas e incomprensibles y que, mediante caminos insondables, busca llegar al corazón de los hombres. Por esto advierte en todas las cosas la oscura presencia de la voluntad de Dios. Entiendo esta regla como "objetividad sin preconceptos". Es el servicio moral del médico que no siente repulsión ante el sufrimiento ni ante la putrefacción. Nada se puede cambiar de aquello que no se acepta. Condenar no libera, oprime. Yo no soy un amigo ni compañero compasivo de aquel a quien condeno. Eso no significa que no se pueda juzgar nunca. Pero no se debe hacer allí donde se desea y se puede ayudar y mejorar».

No se exige ni aprobación ni conformidad, sólo comprensión. No se requiere, nota Van Breemen, aprobar o tranquilizar (buscar una solución por compromiso), sino acoger y participar. Al inicio del acompañamiento, la sinceridad de la acogida incondicional de parte del acompañante es, más o menos consciente, puesta a prueba. Aumenta también una cierta falta de propensión a expresar este tipo de cosas. Para muchos, confiar a otro el propio mundo interior es más difícil de lo que parece.

El acompañante espiritual no puede asumir todo esto con una simple actitud profesional, ni puede ni debe preocuparse de sí mismo como persona. El acompañado debe saber con quién está tratando y cómo sintonizarse con él. Tiene derecho a la sinceridad. Eso no significa que el acompañante diga toda la verdad, sino que todo lo que diga sea verdadero (Ruth Cohn) y que su comportamiento externo corresponda con su criterio interior.

Esta aceptación incondicional, sin embargo, no será tal si el acompañante no se acepta a sí mismo. Eso es aún más importante que la inteligencia y la prudencia. Un acompañante muy inteligente y prudente, a quien le falte suficiente aceptación de sí mismo, corre el riesgo de hacer mucho daño. Su insuficiente autoestima lo expone a fuertes crisis. Él tenderá inconscientemente a crear dependencias, buscando gratificaciones necesarias para la propia auto-afirmación. Le costará exponerse a un encuentro sincero, sin exagerados mecanismos de defensa. En situaciones difíciles, será incapaz de aceptar sin condiciones al acompañado, porque él mismo no se acepta suficientemente.

En la actividad pastoral, observa Van Breemen, a menudo el problema fundamental está aquí; en la pobre confianza en sí mismo, en la autocomprensión negativa y la deficiente autoafirmación, aunque las apariencias parezcan lo contrario. Todo eso tiene que ver con la psicología, pero también con la fe. En el corazón de la fe está el amor que Dios tiene por nosotros (1Jn 4, 16). De aquí recibe vida el modo de sentir y aquí tiene su fundamento la alegría.

Crear significa saber no sólo con la cabeza, sino también con el corazón, que Dios nos ama. Saber eso hace a la persona humana capaz de amar a sí misma con la misma disposición, es decir, sin reservas ni dudas. En definitiva, la aceptación de sí es para el cristiano la consecuencia de un acto de fe. El presupuesto más importante para el acompañante espiritual en su ministerio es que la fe llegue a ser su carne y su sangre, y que haya alcanzado un alto grado de aceptación de sí mismo.

Sobre esta base, él será capaz de ayudar al otro a percibir la comunicación de Dios en su vida, a acogerla según sus fuerzas y a vivirla con coherencia. Por esto la oración, sea del acompañante, sea del acompañado ocupa un lugar insustituible, aunque no se puede ignorar lo humano. Más aún, la ayuda es posible sólo en lo concreto humano.

El artículo de p. Van Breemen se extiende en este punto al describir los obstáculos, sobre todo psicológicos que se pueden encontrar en la relación humana y en la relación con Dios, y concluye afirmando que «la alegría es el sello claro de la obra de Dios. Ser colaboradores de Dios quiere decir, por tanto, también “colaboradores de la alegría” (2Cor 1,24). El acompañante espiritual debe estar en el ritmo de la consolación y de la alegría, porque en estos dones se revela aquel que es el verdadero acompañante, es decir, el Espíritu Santo de quien nos esforzamos por ser sus fieles servidores».